

LAS NECRÓPOLIS ALTOIMPERIALES AMPURITANAS

ALFONSO LÓPEZ BORGÑOZ

Publicadas en su mayoría por Almagro en el año 1955¹, en este trabajo estudiaremos las necrópolis altoimperiales de Ampurias desde dos puntos de vista: el de su relación con la ciudad de los vivos -así como su propia ordenación espacial- y el de la tipología de sus monumentos y ajuares.

El constante saqueo de dichas necrópolis desde la antigüedad, sin duda entorpece el estudio de las mismas, pero, pese a todo, no debe excluirlo, ya que algunos datos, fragmentarios a veces, nos han llegado. En la actualidad, todo este espacio funerario extramurallas altoimperial se halla bajo campos baldíos o de cultivo, no siendo visibles ni siquiera sus pocas tumbas construidas².

1. LA AMPURIAS DEL ALTO IMPERIO

1.1. CAMBIOS EN LA CIUDAD DE LOS VIVOS

Según explica Livio (*Ab Urbe Condita*, XXXIV, 9), hacia el año 45 aC Julio César fundó la ciudad romana de Ampurias para las tropas que había licenciado (*emeriti*) tras la batalla de Munda, mediante una *deductio*. En el mismo texto, Livio también nos indica que, por lo que respecta a los

¹Almagro Gorbea publicó 3 incineraciones más en 1962. Por ello, y salvo cita en contrario, se entenderá que todas las incineraciones altoimperiales que aquí tratemos de Ampurias (excepto las de la necr. de Les Corts) han sido publicadas por Almagro, 1955, o por Almagro Gorbea, 1962.

²Lo cual no pasa en la algo más lejana necrópolis de Les Corts, donde sí son aún visibles.

ampuritanos y su relación con Roma tras la llegada de esta potencia, primero los hispanos y luego los griegos, los habitantes de Ampurias recibiendo la ciudadanía romana, fundiéndose todos en una única comunidad.

Sin embargo, por lo que la arqueología nos señala, en realidad este enclave romano erigido en la colina que se alza junto a la antigua ciudad griega (conocida ahora como Neápolis), ya había tenido diferentes fases de urbanización desde, como mínimo, la llegada de Catón en el año 195 aC³. Es tal vez en ese momento cuando se erige, centrado en la zona que después será el foro, un pequeño *propugnacula* o recinto militar fortificado (Livio, *Ab Urbe Condita*, XXXIV, 10, y Mar & Ruiz de Arbulo, 1993), de no muy grandes dimensiones, el cual, y con el tiempo, dará lugar a la ciudad que se levanta a finales del II aC. Por lo tanto, en ningún caso podemos hablar de fundación cesariana.

Sin embargo, sí podemos hablar de las importantes transformaciones que acontecen en Ampurias en dicho tiempo. En la época aproximadamente que indica Livio, los resultados de las excavaciones arqueológicas y de la investigación de otras fuentes nos hablan de una serie de grandes cambios, tanto por lo que respecta al urbanismo -p.ej., unificación de la ciudad griega con la romana-, como a la misma constitución jurídica de la ciudad, que pasa a ser un *municipium*, que comprende también ambas ciudades, griega y romana. A partir de la unificación, hay toda una serie de grandes cambios en Ampurias, con reconstrucciones y arreglos en el alcantarillado y pavimentos. También se desmonta en este momento la muralla este de la ciudad romana y la oeste de la griega, construyéndose una muralla transversal a inicios de la segunda mitad del siglo I aC que protegerá el espacio central entre ambas, y, asimismo, tiene lugar en este momento una serie de reformas en el foro y en otras partes de la ciudad.

La posible llegada de estos *emeriti* cesarianos, no sólo causaría cambios en el urbanismo, sino que seguramente también los motivaría en la estructuración del mundo religioso (hay reformas en el foro que pueden interpretarse como la introducción del culto a César, junto al de Júpiter, en los inicios del mandato de Augusto). Ante la necesidad de asignar tierras para estos nuevos colonos, probablemente también se reestructuró el mismo

³Para las murallas, véase Barberà & Morral, 1982; para el foro, véase Aquilué *et al.*, 1984 (sobre la problemática aquí tratada, especialmente la p. 139), y para estudiar la Ampurias romana, Mar & Ruiz de Arbulo, 1993.

territorio ampuritano, surgiendo por ello, quizás, ciertos conflictos de los cuales las *tabellae defixionis*⁴ halladas en la inc. Ballesta núm. 21, 22 y 23, sólo sean una muestra⁵.

Por lo que respecta a la vida económica, parece ser que a finales del siglo II e inicios del I aC, Ampurias se torna uno de los pocos grandes centros redistribuidores de productos itálicos en la costa nordeste de *Hispania*. Así pensemos en el uso en este momento del puerto secundario de la zona de la Clota Grossa (entre otros, posiblemente), en el espigón de finales del siglo II aC y en la riqueza de las casas romanas que se construyen por esa misma época (Sanmartí & Nolla, 1993, p. 40), etc. También a inicios del siglo I aC se dedica a zona industrial el área del actual aparcamiento (Sanmartí *et al.*, 1983-84), en la salida sur de la Neápolis, construyéndose diversos hornos metalúrgicos, que son abandonados a mediados del mismo siglo.

La euforia económica durará hasta la época de Tiberio, cuando las grandes rutas comerciales dejan de pasar por Ampurias y se dirigen más hacia el sur, hacia Barcino y Tarraco. La recesión, con toda su fuerza, se notará en época flavia, cuando ya se empiezan a hacer cada vez más evidentes los signos de declive, sin nuevas edificaciones, y con el abandono y hundimiento de bastantes edificios públicos (Nieto, 1981; Aquilué *et al.*, 1982; Aquilué *et al.*, 1984; Nolla, 1987, y Ruiz de Arbulo, 1987).

1.2. EL PROCESO DE ROMANIZACIÓN CULTURAL EN AMPURIAS

Tras la llegada de un contingente procedente del ejército romano (el cual estaba formado, recordemos, por gentes de orígenes diversos), a inicios del siglo II aC, un lento proceso de aculturación por parte de éstos empezó a darse en Ampurias. Tras el control del poder en la ciudad, y de su

⁴Según recogen Mar & Ruiz de Arbulo, 1990, p. 316-318, hay algún problema con respecto a la datación y sentido último de estas *tabellae*, por la lógica de su carácter mágico y misterioso. La fecha se supone que es *augustea*, pero pudiera ser flavia. En cuanto a su temática, parecen tratar de pleitos entre *olossitani* y *emporitani*, los cuales fueron mediados por magistrados romanos, con la presencia de un consejo tribal, el *consilium legati indicetanorum*.

⁵La bibliografía general sobre estas modificaciones es muy abundante en los últimos años, para ello ver Almagro, 1957; Aquilué *et al.*, 1982; Aquilué *et al.*, 1984, y Mar & Ruiz de Arbulo, 1993.

economía, a lo largo del momento final tardorrepublicano, vemos como a partir de Augusto, muy posiblemente en relación con la llegada de este nuevo contingente de nuevos colonos que envió Cesar⁶, y tras la constitución del *municipium*, pocos datos nos recuerdan el pasado no romano de la ciudad en la vida diaria⁷.

Para ver el cambio en la época de Augusto, hemos de pensar que en los inicios del siglo I aC aún estaba presente la antigua cultura grecoindígena en muchos detalles⁸. A final de esa centuria, tal vez algunas pocas lápidas e inhumaciones, como después veremos, nos recuerden dicho pasado. En el último tercio de ese siglo, hasta las monedas de *Emporion* ya salen escritas en latín (Villaronga, 1981). A partir del cambio de era, la romanización se impone, acabando con los restos del pasado, excepto en los cultos curativos, quizás.

2. LA AMPURIAS FUNERARIA EN EL ALTO IMPERIO

Como podremos comprobar más adelante, los grandes rasgos que hemos explicado para describir el “mundo de los vivos” de los siglos I aC y I dC, será posible verlos en el desarrollo de los espacios mortuorios, y de

⁶Es difícil establecer hoy las diferencias sociológicas y culturales entre el contingente dejado por Catón y el que quizás llegó en época de César, ya que la evolución de Roma había hecho pasar a su ejército por una reforma, la de Mario, que lo había cambiado desde una milicia censitaria, que se formaba cuando se requería (lo cual era a menudo) a una profesional estable. Los elementos latinos o itálicos de un cierto nivel, solían querer volver a su tierra de origen, tras su paso por el ejército censitario. La milicia de César, más proletarizada y muy romanizada (sea cual fuera su origen) tras el tiempo en la Legión, seguramente aspiraría a una concesión de tierras tras retirarse. La misma no presencia de elementos militares en las tumbas ahora, en contraposición al momento anterior (sí hay armas en *Les Corts* del siglo II aC), no es claramente indicativo, pero nos recuerda que, antes de Mario, el armamento es privado, y después, público.

⁷El foro se convirtió en el centro de la vida político-religiosa de la ciudad, y en donde se rendía el culto al emperador y su familia. En la basílica se ubica el *aedes augusti* (Mar & Ruiz de Arbulo, 1993, p. 340), construyéndose una serie de nuevos templos, dedicados al culto de la familia imperial. Los antiguos edificios religiosos de la Neápolis, como el *Asklepeion* (existente desde los orígenes de la ciudad) y el templo de Serapis (construido en la primera mitad del siglo I aC -Sanmartí & Nolla, 1988, p. 26-), dedicados a cultos iniciáticos curativos, pasarán a tener un carácter menos central en la vida pública ampuritana (pero no, tal vez, en la privada).

⁸Se ve en el uso del griego en muchas lápidas, así como en la inscripción en el suelo de una casa construida en esa época -Sanmartí & Nolla, 1993, p. 38-, y en la epigrafía en ibérico de una importante serie de monedas que se emiten en ese momento.

los ritos funerarios utilizados en ellos. Así, a mediados del siglo I aC se reordenan también las necrópolis y se sitúan alrededor de las murallas de la nueva ciudad que surge de la unión de la Neápolis y de la ciudad romana.

Tras la coexistencia de ritos funerarios en la Ampurias de finales de la república (y bajo Augusto), vemos, a partir del cambio de era, sólo incineraciones, siguiendo las pautas típicas de la costumbre romana, durante casi siglo y medio. La cifra de enterramientos (incineraciones) decaerá abruptamente a partir de la época flavia, hasta el punto de que muy pocas tumbas se pueden fechar en el siglo II dC, en época antonina.

2.1 RELACIONES ESPACIALES DE LAS NECRÓPOLIS ALTOIMPERIALES

2.1.1. La reorganización del espacio funerario

Tras unos 30 años (desde inicios del segundo cuarto del siglo I aC hasta poco después de las reformas de época cesariana), en los que no tenemos casi enterramientos que nos atestigüen esta cronología (Sanmartí, 1978, p. 202), vemos la continuación de los usos funerarios ampuritanos con algunas variaciones altamente significativas, tanto en lo referente al espacio físico en el que se ubicaron las tumbas, como en lo referente al tipo de rito de enterramiento mayoritario, que las diferencian marcadamente de los del período anterior.

Tal como manda la romana *Ley de las XII tablas*, tras la edificación de la ciudad romana y tras sus reformas, los ampuritanos crearon un nuevo espacio funerario extramuros (*ex-pomoerium*), en una zona reservada exclusivamente para ello, en la ladera de la colina sobre la que se asienta la ciudad romana⁹, en los inicios de la época de Augusto. Las antiguas necró-

⁹Las diferentes necrópolis que recoge Almagro (1955) sólo son una, pero, dado que se encontraron en diferentes predios, ahora se las recuerda por el nombre de los propietarios de los mismos, sin indicar los mismos delimitaciones espaciales específicas originadas en la antigüedad. Así tenemos las nuevas necr. de Ballesta, Rubert, Torres, Nofre, Pi, Viñals, Sabadí, Patel y Anfiteatro, así como la Mitjavila, de la que ya quedaba tan sólo el recuerdo en época de Almagro, por haber sido saqueada en su totalidad, pero de la que, en base a algunos restos descontextualizados, se puede rastrear un uso durante el siglo I dC. Todas estas necrópolis componen un arco que rodea la ciudad romana desde la necr. Bonjoan (al sureste de la ciudad romana y al sur de la griega) hasta la Ballesta, al oeste de la ciudad, a la altura del foro. Más hacia el norte de ésta, habrían más tumbas, pero las mismas aún no han sido excavadas.

polis de tradición griega de Bonjoan y Granada¹⁰, aún perviven, mientras que la más alejada necrópolis de Les Corts, ligada a los orígenes de la ciudad romana, es abandonada poco antes del cambio de era¹¹.

Ignoramos por qué el cambio de ubicación de las necrópolis no se llevó a cabo inmediatamente tras la refacción de la muralla de la ciudad romana (Barberà & Morral, 1982), y tras el abandono del posible concepto de campamento por el de *ciudad* en todos los sentidos, en torno al año 100 aC, lo cual hubiera sido -quizás- más lógico¹², dado que hemos de pensar, por ejemplo, que ya en ese momento las murallas tardorrepublicanas ampuritanas, tanto las que rodean a la ciudad griega como a la romana, eran tenidas más como elementos de prestigio, demostrativos de la pujanza de las dos ciudades, que defensivos en sentido estricto -en contraposición a las que allí se habían levantado antes-¹³, tal cual pasará también después en muchas ciudades romanas *augustaeas* -o con refacciones murarias de ese momento- (Mierse, 1990).

Tal vez la causa del cambio, estribe, una vez más, en las reformas cesarianas y en la llegada de los *emeriti*. Hasta ese momento, para los habitantes -de orígenes diversos- de la ciudad romana, no fue necesario el cambiar la ubicación de sus necrópolis, como Les Corts, que habían usado ya sus padres por razones defensivas. No era imprescindible. Tal cual pasa hoy, no es fácil cambiar los lugares tradicionales de enterramiento en los pueblos.

¹⁰Este área está algo al sur de la Neápolis, lejos de sus murallas y al sudeste de la ciudad romana. Desde las diferentes reordenaciones de la ciudad a mediados/finales del siglo III aC, el espacio sur inmediato a su recinto fortificado se usó con finalidades militares, industriales o de viviendas (?) hasta época antonina (Sanmartí *et al.*, 1983-84).

¹¹En la necr. de Les Corts, se hayan aún cuatro incineraciones en época *augustea*, anteriores al cambio de era, que conservan los rasgos generales que siempre se habían dado en la zona (López Borgoñoz, 1995), como la inc. núm. 130, cuya urna, sin más ajuar, data Almagro en la segunda mitad del siglo I aC, y las inc. núm. 12, 34 y 40, cuyo ajuar contenía vasitos de paredes finas, datables en época *augustea* (López Mullor, 1989, p. 48-51). Después, esta necrópolis se extingue, y se ve como, a *grosso modo*, sus ritos y costumbres funerarias se trasplantan al conjunto de necrópolis que circundan la ciudad romana a partir de ese momento.

¹²Ver López Borgoñoz, 1995 y en prensa, para la relación entre los sistemas defensivos tardorrepublicanos y las necrópolis ampuritanas.

¹³Podemos verlo, tal como ya indicábamos en López Borgoñoz, 1995, en la muralla sur de la Neápolis (con un gran edificio, tal vez militar, y con un gran muro de cierre, situado fuera pero muy cerca -Sanmartí *et al.*, 1983-84-), levantada a mediados del II aC, y en la muralla de la nueva ciudad romana que se alza en la colina (Mar & Ruiz de Arbulo, 1993, p. 213), con una cronología del último cuarto del siglo II aC.

La llegada de una nueva oleada de romanos hizo que esto variara, al cambiar ciertos usos religiosos¹⁴. Pese a que el origen de los legionarios podía ser de cualquier parte del imperio, su estancia en el ejército sin duda asentaba en ellos una serie de patrones romanos (de hecho, salían como ciudadanos). Al final de todo este proceso, la manera de actuar funeraria romana típica se acabó imponiendo sobre los hábitos funerarios anteriores, aunque, en cualquier caso, probablemente hubo más razones que motivaron estas decisiones¹⁵.

2.1.2. Organización interna

Sobre la organización interna de las necrópolis, se puede significar el desorden aparente de sus estructuras, lo cual se contrapone al espacio planificado del asentamiento romano ampuritano coetáneo, como se ve en el trazado interior de la ciudad romana. Se observa una semicaótica disposición de los monumentos funerarios y de las incineraciones depositadas en agujeros en el suelo.

Tampoco es posible observar una diferenciación espacial que denote diferencias de clase, edad, religión o género¹⁶. Se puede observar, sin embargo, algunas agrupaciones de tumbas (enterramientos colectivos), en diversos cementerios (como la necr. Ballesta), que podemos relacionar con la pertenencia de los allí enterrados a una misma familia -en sentido amplio- o comunidad. No hay diferencias espaciales en la organización de

¹⁴Su ubicación en *deductia* a mediados del siglo I aC por César, no siempre fue sin problemas, tanto a nivel de Roma, donde no gustó a grupos rivales a este general, como a nivel de los pueblos receptores, ya que, muchas veces, se les imponían como sistema de control y castigo, modificando las pautas tradicionales de funcionamiento de los centros urbanos donde pasaban a residir. Así Bruto (con exagerado ardor político, pero, seguramente, con una cierta base real) dijo que con la instalación de los mismos en algunas ciudades de la península itálica, César había conseguido “expulsar a los inofensivos itálicos de sus tierras, casas, tumbas y templos” (Apiano, *B.C.*, II, cit. en Brunt, 1971, p. 311-319).

¹⁵Las razones para los cambios y las permanencias rituales nunca son únicas, sino extremadamente complejas, y así la inestabilidad que atravesó Hispania hasta el fin de las guerras civiles entre César y Pompeyo, quizás obligó a los ampuritanos a no retirar -hasta tiempos de Augusto- del entorno de su ciudad todos los sistemas defensivos extramuros. Al mismo tiempo, el final adecentamiento de una zona llena de escombreras de la ciudad (el hallazgo de restos de materiales constructivos en algunas zonas cercanas a las murallas es constante), también pudo retrasar su puesta en uso.

¹⁶La ausencia de estudios sobre los restos incinerados hace que no sepamos si pudo haber diferenciación sexual en la ubicación de las tumbas.

las tumbas dentro de cada necrópolis que sea hoy claramente perceptible, y así es frecuente hallar tumbas con ajuares con elementos supuestamente valiosos junto a otras sin ajuar.

2.2. RITOS, MONUMENTOS Y AJUARES FUNERARIOS

En cuanto a los ritos, se ha de señalar la casi total exclusividad de tumbas de incineración en Ampurias, siguiendo la costumbre mayoritaria en Roma en esos momentos. Las mismas sufren a lo largo del siglo I y II dC la evolución del ritual funerario romano occidental (pérdida de ajuares en las tumbas, anonimato y poca suntuosidad en las mismas, etc.). A finales del siglo II dC, vemos como de nuevo se introduce la inhumación en Ampurias, donde, por alguna razón que nos es desconocida, no hubo una coexistencia visible entre las últimas incineraciones y las primeras inhumaciones.

No es fácil analizar el ritual que siguieron los ampuritanos en sus incineraciones. Por lo que Almagro indica de las zonas de enterramiento, podemos establecer que los cadáveres eran incinerados tanto en espacios comunitarios especialmente dedicados a ello *-ustrina-* (en donde, tras ser quemado el cadáver, se recogían las cenizas del difunto, depositándolas en una urna, que después se llevaba a otro lugar en el que se había excavado, o construido, la tumba para enterrarlos, p.ej., inc. Bonjoan núm. XXIII), como que se incineraban en espacios individuales *-busta-*, en donde el cadáver era quemado en el mismo lugar en que después se enterraba¹⁷.

Frecuentemente, el muerto, cuya mortaja debía ir cosida totalmente, sin casi fíbulas de enganche (ver apartado 2.2.2.3.c) iba acompañado con diferentes tipos de envases conteniendo ungüentos o aceites olorosos, los

¹⁷ Se han hallado urnas en tierras negras, parece ser procedentes de la propia incineración, como por ejemplo en la inc. Ballesta núm. 15, cuya urna está entre tierras quemadas al incinerar el cadáver, o en la inc. antonina Ballesta núm. 47, sin urna, pero con muchas cenizas, algo recogidas por piedras, quizás protectoras de los restos del fuego. Las más características entre estas tumbas son las halladas en la necr. Bonjoan. Las mismas se describen como incineraciones, que ocupaban una determinada área del terreno de la necrópolis, encima del terreno virgen y cubiertas sólo por tierra. En medio de estas cremaciones, se hallaba el ajuar (inc. Bonjoan núm. II, III, IV, VI, VIII, IX, X, XVIII y XIX, y Granada núm. I y III). El terreno cubierto por cenizas variaba con unas dimensiones medias de 1,05 m de lado norte/sur, 0,83 m de lado este/oeste y 0,32 m de altura de las cenizas (es decir, que ocupan un área media de 0,89 m² y un volumen de 0,28 m³).

cuales también eran quemados en ocasiones en la misma pira¹⁸ (como los ungüentarios de las inc. Torres núm. 11 o de la Bonjoan núm. V), conjuntamente con otros objetos que hemos de suponer relacionados con el fallecido (como se ve en la inc. Torres núm. 9, en que hallan restos quemados de ungüentarios, de una llave y de un trozo de hueso). Los objetos de adorno personal, como anillos o pendientes, frecuentemente también aparecen quemados (por ejemplo, como en las inc. Torres núm. 13 y 23, en la que se hallan, semifundidos, anillos de oro y plata respectivamente), aunque no siempre (como se ve en los anillos y pendientes de oro de la inc. Torres núm. 48, los pendientes de oro de la Torres núm. 59 o del anillo de plata de la inc. Patel núm. 22). Tras ser incinerados los restos, éstos, o bien se recogían en una urna¹⁹, o bien se depositaban directamente sobre el suelo, a veces protegidos por algunas piedras (inc. Torres núm. 24, p. 165).

Un caso curioso, dado su excepcional estado de preservación, es el de la inc. Torres núm. 13. La misma se halló en un *pozo cúbico*, bien tapado aún por la argamasa, y en su interior se halló una urna de plomo que contenía dentro una urna funeraria de vidrio, en cuyo interior se hallaron las cenizas del difunto conjuntamente con una serie grande de ungüentarios de vidrio (22 en total), así como dos jarritos del mismo material, ninguno de los cuales estaba quemado. Entre estos jarritos y ungüentarios, también se hallaron restos de harina y nueces²⁰, fruto, sin duda, de alguna ceremonia ritual (quizás el banquete funerario), celebrada en honor del difunto.

En el cuadro 1^o, se pueden comparar las cifras de enterramientos por épocas en Ampurias. Aunque no tuviéramos en cuenta los datos bajoimperiales (no sabemos la cifra de enterramientos que hay en la Neápolis, ni el tiempo que duraron los mismos), podemos observar, en la segunda colum-

¹⁸Muy frecuentemente se depositaban íntegros con el ajuar.

¹⁹A veces, la urna se protege con piedras, como en el caso de la Ballesta núm. 6 o de las Rubert núm. 30 y 31, con piedras alrededor y tapadas con tierra, o como en los casos de tumbas como las inc. Ballesta núm. 58 a 70, en que los hoyos estaban tapados por piedras sueltas. Casos curiosos son las inc. Ballesta núm. 4 y 5, en los cuales cuatro hileras de piedras irregulares sirven para sostener las cenizas de la cremación.

²⁰En la necr. Torres se hallan restos de nueces en cinco tumbas, y en un caso, en la Sabadí. Quizás es un rastro de las ofrendas que se realizaban el *diem Feralia*. El día de los *Feralia* (21 de febrero) era el último de los *dies Parentales*, que se dedicaban a las almas de los difuntos de la familia. Ese día se llevaban ofrendas de comida a las tumbas a las que se debían sacrificios fúnebres (Varrón, *De lingua latina*, VI, 3, 13).

na (hallazgos por cada cincuenta años), un aumento en las cifras que se corresponde con el momento de la nueva implantación romana (siglo II aC), que hace que suba a más del doble la cantidad. Posteriormente, en época altoimperial, vuelve a aumentar el número de restos datables (casi un tercio del total publicado). Ello nos puede servir para indicar el aumento que experimentó la población en el momento que se funda la ciudad romana y en el de su expansión postcesariana. Si de las cifras altoimperiales nos fijamos sólo en los hallazgos de cronología entre Augusto y Nerón, que son 191 (ver cuadro núm. 4), y los dividimos entre dos (dado que el período que abarcan es de casi un siglo), observamos que hay una media de 95,5 hallazgos por cada 50 años, la mayor de las cifras halladas.

Estos hallazgos sobre enterramientos no son por sí sólo indicativos, pero al menos, apuntan en la misma dirección que los demás datos que poseemos²¹.

2.2.1. Las solitarias inhumaciones altoimperiales

Las únicas excepciones a este predominio de incineraciones son las inh. Bonjoan núm. 28, 32, I y VII²², cuya cronología es *augustea*, si nos atenemos al estudio de sus ajuares. Las dataciones de los materiales de paredes finas efectuados por López Mullor (1990, p. 95) parecen indicarlo en los dos primeros casos, así como otros estudios lo indican de la tercera²³. La inhumación núm. VII es más dudosa, pero creemos que tiene la misma cronología que las otras inhumaciones aquí citadas.

²¹Y decimos que no son indicativos porque, en una población de varios miles de habitantes durante la mayor parte de sus nueve siglos de vida en la zona de la Neápolis y de la ciudad romana, las 1.025 pobres tumbas halladas (que van desde la prehelénicas de la necr. Parrallí -27 tumbas- hasta las de época visigoda), no creemos que sean demasiado significativas más que para tratar de dar algunas hipótesis, siempre arriesgadas.

²²La otra posible excepción, la inhumación de Rubert núm. 4, la descartaremos, dado que, por su tipología general, parece muy posterior (su posible ajuar, una cabecita de aguja en hueso con una figura de mujer datable en la primera mitad del siglo I dC, es tan pequeño, que tal vez estuviera entre la tierra removida con la que taparon al cadáver sus mismos enterradores o por la acción de excavadores clandestinos posteriores).

²³Así, el vasito de paredes finas es datado por López Mullor, 1990, p. 100, en época de Augusto, y lo mismo se puede decir del unguentario. El olpe se fecha con esta misma cronología por Casas, Castanyer, Nolla y Tremoleda (Casas *et al.*, 1990, p. 130, núm. catálogo 286), indicando, además, que el tipo es similar a los *Lagynoi* helenos.

El hallazgo de estas inhumaciones en un antiguo cementerio de tradición griega (López Borgoñoz, 1987 y 1995), no deja de ser muy sintomático, sobre todo si tenemos en cuenta su cronología. Sin duda, las mismas son de algunos de los antiguos habitantes de la Neápolis que aún se enterraban siguiendo sus antiguas tradiciones helénicas, en forma previa a la aculturación romana plena que se da tras el cambio de era.

Ya mencionamos en un trabajo anterior (López Borgoñoz, 1987) como se puede ver el proceso de sinecismo entre las comunidades griegas y romanas que compartían el mismo espacio urbano, en forma previa a la aculturación antes comentada, en una lápida funeraria²⁴, en la que se lee un nombre de varón, escrito en caracteres griegos (Δημοκρ[itos] / Σωστρα[tou]), y uno femenino, en caracteres latinos (Paulla Aemilia), escrito debajo. En la parte inferior de la lápida, sólo el lacónico y latino, *HS / SJ* (*Hic Siti Sunt*).

Por lo que respecta al sistema de enterramiento, algunas parecen haber sido expoliadas o removidas ya de antiguo (como las núm. 28 y 32). En los cuatro casos, los restos del difunto han aparecido sobre la roca natural directamente, en posición de decúbito supino²⁵. Pese a ello, es posible observar una serie de piedras bien alineadas en la núm. I protegiendo el esqueleto (quizás la núm. 28 también era así antes de ser expoliada). El que haya restos de clavos en la núm. 32, nos hace pensar en la posibilidad de algún ataúd de madera.

Por lo que respecta a la posición del cadáver, en tres casos la cabeza aparece dirigida hacia el oeste (inh. núm. 32, I y VII) -lo cual las relaciona con las inh. tardorromanas-, y en uno hacia el este (núm. 28), siguiendo el estilo tradicional griego. Este dato de la orientación no tradicional griega de estas tres inhumaciones es un hecho importante, que pudiera parecer que descarta la hipótesis de continuidad en los usos helénicos, sin embargo, todos los demás datos nos hablan en el sentido en que lo hacemos nosotros. Es muy sorprendente, mucho, este tipo de orientaciones en esta época, las cuales, quizás, estén motivadas por alguna costumbre funeraria lo bastante fuerte como para imponerse ya en esta época y en estas inhumaciones.

²⁴Lápida 1ª de las inscripciones griegas en Almagro, 1952, p. 17.

²⁵Almagro no explicita este punto, pero, dado que dice que son normales, y lo normal en Ampurias es esta posición, no creemos errónea esta atribución.

2.2.2. Ajuares y monumentos funerarios de las incineraciones altoimperiales

Dentro de la normal pobreza de las tumbas en todas las necrópolis romanas, por el milenar saqueo de las mismas, se pueden determinar varios conjuntos según los ajuares en ellas hallados (Jones, 1984), lo cual contrasta con lo que ocurrirá menos de dos siglos después, cuando tal cosa será imposible, al no haber ajuares.

Urnas de plomo -cuya cronología suele ser de época de Claudio I y que sirvieron para contener en su interior, protegiéndolas, urnas de barro o vidrio-, monedas y ausencia de armas -en contraposición a las incineraciones e inhumación halladas en la necrópolis tardorrepublicana de Les Corts-; estas necrópolis de Ampurias se caracterizan por su normalidad dentro del panorama funerario romano.

La posterior caída flavia (que ya veremos) y el uso del término *apogeo* al hablar del uso de las necrópolis durante el mandato de la dinastía julioclaudia no indica, en ningún caso, riqueza en los ajuares hallados, sino que lo hemos de ver como un dato cuantitativo relativo a la cifra de enterramientos hallada en ese período. Lo que sí podemos observar en ese momento, desde un punto de vista cualitativo, es la mayor presencia de elementos importados de cierta calidad en las tumbas, los cuales se van enraiciando a lo largo del siglo I dC. Podemos ver, en ese sentido, muchas *sigillatas* aretinas, con formas Dr. 17 y similares, de época de Augusto y Tiberio²⁶, que se corresponde con el momento de auge en el foro de la ciudad romana (Aquilué *et al.*, 1984, p. 141), y sólo algunas *sigillatas* sudgálicas²⁷.

Uno de los problemas con los que nos hemos enfrentado repetidamente en el momento de confección de este trabajo, y que nos podrían hacer cambiar muy seriamente algunas hipótesis planteadas, es el de las incineraciones sin ajuar. Porque, ¿cómo se diferencian las incineraciones pobres *augusteas* de las ricas -o también pobres- antoninas, cuando, por lo que

²⁶Inc. Ballesta núm. 4, 6, 27 y 28; inc. Rubert núm. 25, 28, 30 y 45; inc. Torres núm. 51, 52 y 54; inc. Nofre núm. 8 y 9; inc. Pi núm. 4; inc. Patel núm. 11 y 12; inc. Sabadí núm. 8, e inc. Bonjoan núm. XII. En total, 18 tumbas en cuyos ajuares hay *sigillatas* aretinas (no son demasiadas, si tenemos en cuenta el volumen total de enterramientos en el que nos movemos).

²⁷Inc. Rubert núm. 1 y 16 e inc. Pi núm. 12.

sabemos, ninguna de ellas llevaba ajuar? ¿Pueden ser antoninas la mayoría de las incineraciones sin ajuar?, ¿son fruto éstas de saqueos? A la ignorancia de la datación, por el cambio de ritual con respecto al ajuar, tenemos una de tipo social (¿eran esclavos o miembros de clases bajas?).

2.2.2.1. Tipología de los enterramientos

En el cuadro 2º se recogen las principales características de los enterramientos por incineración que se han datado en el Alto Imperio. Los mismos no son normalmente excluyentes. Hay otros tipos de enterramientos que aquí no recogemos, dado que sólo se presentan una vez o dos, y no los creemos significativos.

El retrato robot de una tumba ampuritana sería el de una incineración individual en urna²⁸ situada en un agujero excavado directamente en el suelo (tres de cada cuatro tumbas)²⁹, este agujero, en ocasiones está algo delimitado y protegido por piedras, sin que se especifique bien de qué manera y en qué casos. Esta urna allí depositada, generalmente, tendría una tapa, la cual -en algunas ocasiones- es una *sigillata* aretina o sudgálica. Pese a que la mayoría son individuales, casi un 10% de las tumbas halladas son colectivas, y están relacionadas, por lo general, con algún tipo de monumento funerario. Si en el cuadro 2º sumamos los porcentajes de los enterramientos en poyo cúbico y en otros tipos de tumbas construidas, veremos que suman un 24,02% (casi una cuarta parte del total hallado).

Como se puede ver, algunos escasos enterramientos están depositados o protegidos por ánforas (como en las inc. Rubert núm. 17,18 y 19, cuyos restos están tapados con fragmentos de ánfora, o las inc. Torres núm. 47 y 57, y Nofre núm. 19). Los restos de fragmentos de lápidas, que, rotos y dispersos, nos han llegado (Almagro, 1952, o en la necr. Torres, inc. 13 y 14, y 18), nos hablan de que su presencia junto a las tumbas, con los textos correspondientes según el momento histórico, sería muy normal en Ampurias, debiéndose a la acción del tiempo y del hombre el que no nos

²⁸En la mayoría de casos, la urna es de cerámica torneada, pero también las hay vastas, o de plomo -a mediados del siglo I dC- e incluso de vidrio. Es curioso que en la necr. Ballesta tengan urna tres de cada cuatro tumbas, manteniéndose en el resto cerca del 50% de los casos.

²⁹Se puede observar las altas tasas que de las mismas hay en todas las necrópolis, excepto en la Torres, donde no llegan, curiosamente, al 50%.

hayan llegado más restos *in situ*.

Al igual que pasa en la necr. de Les Corts, la gran presencia de clavos, ya sea de hierro (un tercio de las tumbas disponen de ellos) o de bronce (un 8,5% de las tumbas), en las diferentes necrópolis altoimperiales³⁰, nos hacen pensar en que los mismos pueden tener un doble origen, o bien, en el caso de los escasos clavos quemados, que formaran parte de la pira o del lecho mortuario, o bien, en el caso de los clavos no quemados, que los mismos fueran para clavetear las maderas de ataúdes que no nos han llegado.

La presencia de numerosos apliques de bronce y hierro no quemados en muchas tumbas (p.ej., en la inc. Torres núm. 10 o 44, o en la Patel núm. 13), así como, por ejemplo, ocho llaves o cerraduras de bronce (seis de ellos, en la necr. Torres, inc. núm. 9, 13, 44, 59, 63 y 65) o cierres o refuerzos de hierro o bronce de “cajas” de madera (según señala directamente Almagro en las inc. Torres núm. 13, 17 y 29) también parecen atestiguarlo.

Por lo que respecta a urnas de plomo, de muy diferentes tipos (desde redondeadas, a formas cilíndricas o como cajas de zapatos), se han hallado 14 en total, no indicándose explícitamente en todos los casos, salvo en algunos aislados, si contenían las cenizas o ajuar del muerto. De ellas, 7 estaban en la necr. Torres (inc. núm. 13, 45, 46, 59, 66, 67 y 70); 3, en la Nofre (inc. núm. 15, 18 y 24); una, en la Pi (inc. núm. 12); 2, en la Patel (inc. núm. 13 y 17), y 1, en la Granada (inc. núm. VII, Almagro Gorbea 1962, p. 229). Curiosamente, mientras que todas las que se hallaron en la necr. Torres se hallaban asociadas a los llamados *pyos cúbicos*, las del resto de necrópolis se depositaron directamente en agujeros en la roca natural (con algún muro estucado alrededor en el caso de la Nofre núm. 18). Su cronología suele ser de época de Claudio I, aunque en algunos casos (como los de las inc. Torres núm. 66 y 67), su cronología debe ser anterior.

No se observan variaciones significativas en la composición de los ajuares de las diferentes necrópolis, que nos permitan ver tipos poblacionales diferentes en unas o en otras. Las diferencias, dentro de la general pobreza, parece ser que se deben al azar de los hallazgos, o a la cronología (más pobres a medida que nos internamos en el siglo I dC), más que a

³⁰Es curiosa la tasa de los mismos en la necr. Torres, Patel o Bonjoan, y lo baja de ésta en la Ballesta.

la pervivencia de identidades distintas en la antigua Ampurias.

2.2.2.2. *Las tumbas*

En primer lugar, hemos de volver a señalar que el hallazgo en sí de monumentos sólo en la época *augustea* o durante el siglo I dC, así como la pobreza en el ajuar de los enterramientos flavios o antoninos, se debe más a razones rituales en general del mundo romano, que no a razones de mayor o menor riqueza en la ciudad de Ampurias. Vemos, por otra parte, que aquí no hay grandes mausoleos ni hipogeos, como puede pasar en otras ciudades de Hispania de ese mismo tiempo (como Mérida o Carmona). Una de las razones que se han apuntado es que se hayan destruido con el tiempo, pero nosotros lo dudamos.

Un problema que hay en el estudio de estos monumentos es que, seguramente, Almagro no dirigió directamente cada una de las excavaciones en los predios, sino que estas fueron llevadas por otras personas a las que él marcaba las directrices. Esto ha llevado a diferentes sistemas de recogida de información por necrópolis, no siempre sistematizables.

Hay dos principales tipos de enterramientos, por un lado, podemos hallar tumbas en simples agujeros en el suelo, o tumbas más o menos construidas, dividiéndose estas últimas en tumbas individuales y colectivas³¹.

a) Agujeros en el suelo

Este tipo de enterramientos se basan en el aprovechamiento de agujeros en la roca natural, o bien en su realización por parte de los que llevaban a cabo el enterramiento. Son, como es normal, el tipo más frecuente. Vemos, en el cuadro núm. 2, que este tipo de enterramientos estaba formado por 227 incineraciones (73,7%), de las 308 incineraciones publicadas de esta cronología, lo cual supone casi las tres cuartas partes del total. En la mayoría de casos, este tipo de entierros se hizo con las cenizas del fallecido recogidas en una urna cineraria de barro, hecha a torno, la cual, por regla general, iba tapada. El ajuar era depositado en torno a esta urna (a veces dentro) y estaba compuesto por los mismos elementos que normalmente

³¹No se dan en la zona de antiguos cementerios de tradición griega la presencia de tumbas colectivas, las cuales sí suelen encontrarse en el resto de necrópolis romanas coetáneas, aunque no siempre.

formaban parte del resto de enterramientos. La urna se solía proteger con piedras a su alrededor (como en la inc. Viñals núm. 2) y podían ser de plomo o vidrio, aunque era raro. En 7 ocasiones (sólo el 2,29%) documentadas, los restos del difunto eran protegidos por ánforas, por lo general Dressel 2/4, aunque, en algún caso, podía ser la Dressel 27 (inc. Nofre núm. 19). Se ha de señalar que en una zona, la necr. Torres, este tipo de enterramientos en agujeros en el suelo no significó ni el 50% del total de la necrópolis, siendo todo el resto de tumbas construidas (y/o colectivas).

b) Poyos cúbicos

Con múltiples denominaciones distintas (zócalo cúbico, podio cúbico, poyo cúbico, cubo y tumba cuadrangular), éstos son monumentos funerarios construidos en base a piedras irregulares y argamasa (cal), que estaban estucados por encima y, en numerosas ocasiones, pintados en color rojo. En el interior había un hueco para depositar la urna con las cenizas³², el cual era tapado también con argamasa³³. La forma escalonada del tipo es de un sólo peldaño, de unos 33 cm de altura de media, aunque en ocasiones tiene dos³⁴ o tres³⁵; de unos 10 cm de altura cada uno de ellos, también de media. Si estudiamos las medidas de sus lados, muy variadas, en promedio vemos que miden 1,32 m por 1,08 m, lo cual da un área de 1,43 m² (y un volumen de 0,47 m³).

Su forma, materiales y enlucido nos permite poner en relación este monumento con los de los incinerados en Les Corts. Estos poyos cúbicos son, sin duda, una perduración del tipo de resto de monumento funerario más pobre que se daba en aquel cementerio³⁶, en base a calcáreas también enlucidas y estucadas en rojo (López Borgoñoz, 1995 y en prensa), sólo que ahora, en el Alto Imperio, las piedras se unen con argamasa. Su calidad es

³²O éstas sin urna, tal cual se vio en la inc. Torres núm. 18.

³³En ocasiones, cenizas y restos calcinados están dispersas por toda la tumba, como en la inc. Torres núm. 1 y 18.

³⁴Ballesta núm. 7, 10, 16 y 23 o Torres núm. 3, 10, 12, 14, 22, 57 y 58 y 59.

³⁵Ballesta núm. 24 y Torres núm. 50.

³⁶En la necrópolis de Les Corts, hay dos tipos de monumentos denominados como *bases*, uno central, de areniscas, que creemos más antiguo, y uno que se da al noroeste del anterior y en forma periférica, quizás más reciente (y que es al que nos referimos).

igual a la de los monumentos del mismo tipo que se hallan en las necrópolis de Baelo (Bologna, Remesal Rodríguez, 1979), o Leptiminus (Ben Lazreg & Mattingly, 1992), por poner un ejemplo, o de ciudades del sur de la actual Francia, como Frejus, etc.

Sobre la posibilidad de ser base de estatuas, Almagro lo descarta, en su comentario sobre el monumento de la inc. Ballesta núm. 16-23. No podían sostener superestructuras muy pesadas. El acabado por la parte de arriba no es seguro. Normalmente, parece que fue plano, pero, en algunos casos, las tumbas tenían su parte superior en forma de cupulita o casquete esférico³⁷. Otras, seguramente, tenían encima lápidas, como nos demuestran algunos fragmentos que nos han llegado, o las improntas de las mismas dejadas en las inc. Torres núm. 45 y 46. En una ocasión, se cita que estaban recubiertas por piedras sueltas (Patel núm. 6). Parece ser que la orientación del lado mayor suele ser norte/sur, así como este/oeste la del menor. Pero no creemos que este dato se ajuste bien a la orientación real de las mismas, sino que se halla establecido a *grosso modo*, tal cual se desprende de los planos publicados³⁸.

Es de destacar que en la necr. Patel se han hallado, encima de algunos poyos cúbicos con incineraciones, *tegulae* dispuestas en forma de tejadillo, en sección triangular, tal cual son típicas en los enterramientos de inhumación tardíos. Por la cronología de alguna tumba, como la inc. núm. 21, es la primera vez que tenemos este tipo registrado, en, al menos, el área catalana. con una datación de mediados del siglo I dC³⁹.

Se han encontrado 56 monumentos de este tipo, los cuales contie-

³⁷Por ejemplo, la inc. Torres núm. 23, fotografiada por Almagro en la lámina V -1955-; o la Torres núm. 54 -de 0,90 m de diámetro- y la núm. 67.

³⁸Esta orientación de muros se cita en la tumba que contiene las inc. Ballesta núm. 16 a 23. Compárese con la que nos muestra la figura 2, p. 20 de Almagro 1955, en la que parece que el lado mayor está orientado del norte/este, y el menor, sur/oeste.

³⁹Este tipo se da seguro en dos casos, inc. núm. 14 y 21, y en los otros dos, inc. núm. 1 y 22, sólo se indica que se hallaron entre tejas planas o entre restos de ellas). En uno de los casos citados, además, estas *tegulae* estaban cubiertas por piedras y argamasa (inc. Patel núm. 21). La cronología de estos enterramientos se podría datar normalmente, dados los tipos de ungüentarios que las acompañan en el siglo I (en el caso de las inc. núm. 14, 21 y 22). La moneda de Domiciano que acompaña a la inc. núm. 14, y la posible pervivencia de su uso, tal vez nos den una fecha para esta tumba de inicios del siglo II dC, pero el tipo de ungüentario parece contradecir este dato. En el caso de la inc. núm. 21, el ajuar es típicamente de época de Claudio o Nerón, dados los vasos de cristal que tiene, las cerámicas del tipo cáscara de huevo y los ungüentarios.

nen 68 incineraciones. De ellos, 44 son individuales⁴⁰, 6 son colectivos y en 6 casos se hallan relacionados varios estrechamente (para estos dos últimos tipos, ver siguiente apartado). Acogen un 21,75% de las incineraciones publicadas (algo más de la quinta parte), y las individuales en sí representan el 13,40%. Almagro reconoce que hubo más, pero que no las señaló por estar expoliadas (como las que, según él, se hallaban junto a las inc. Nofre núm. 22 y 23). Más de la mitad de estos enterramientos aparecen en el área de la necr. Torres, que es la única en que se documentan más hallazgos en tumbas construidas que no construidas. No se hallan, en cambio, en ningún caso, en las antiguas necrópolis de Bonjoan y Granada⁴¹, apareciendo, en cambio, siempre en el resto de necrópolis (excepto en los casos en que lo pequeño de la zona excavada tal vez no haya permitido hallarlas).

En la necr. Torres, en muchos casos, en el interior del monumento se halló una urna de plomo. Es gracias a esta necrópolis, a la Ballesta y a la Patel, que podemos suponer que la perduración de este tipo de monumentos, de origen tardorrepblicano y que se usó mucho en época *augusta*, llegó hasta época flavia⁴². En algunos casos, como en los monumentos de las inc. Torres núm. 13 y 14, los mismos estaban rodeados por muros⁴³.

Aparte de este sistema de tumbas escalonadas, sólo siete tumbas más se hallaron con otros sistemas constructivos, en zonas delimitada por muros o similares.

c) Tumbas colectivas

Casi un 10% de las tumbas halladas de momento altoimperial pare-

⁴⁰Individuales son las inc. Ballesta núm. 7, 10, 24 y 28; Rubert núm. 2 (?), 12, 22 (?), 32 y 37; Torres núm. 1, 2, 3, 5, 9, 10, 12, 16, 17, 18, 20, 21, 22, 23, 48, 49, 50, 52, 54, 59, 63, 66, 67 y 70; Nofre núm. 4; Viñals núm. 1, 3 y 4, y Patel núm. 1, 4, 6, 13, 14, 21 y 22.

⁴¹Cuya área excavada entre las tumbas griegas, romanas y tardorromanas es grande, como se puede advertir en los mapas publicados por Almagro, 1953 o 1955.

⁴²Inc. Patel núm. 14, con una moneda de Domiciano.

⁴³Estas tumbas se hallaron cercadas por una pared de 6 m de lado y 75 cm de espesor, excepto en el lado oeste, donde quizás estuvo la puerta. Este lado sólo mide 0,5 m de grueso. Sólo se conservan 30 cm de altura. Tal vez en el interior de estas paredes el suelo era de argamasa, el cual se podía observar cuando Almagro las excavó sólo en los arranques de las paredes. Otro monumento, el que contiene la inc. Torres núm. 12, estaba adosado al muro. Alrededor, se encontraron restos con lápidas y muros de un posible monumento funerario que hubieran acompañado a estas tumbas.

ce ser que estuvieron asociadas con otras, o fueron halladas en el mismo poyo cúbico como antes hemos señalado. Al menos, eso es lo que indica Almagro en su trabajo, citando unas 24 que así halló, generalmente en grupos de dos (a veces tres), que en un caso concreto llegaron hasta ocho (inc. Ballesta núm. 16 a 23). En la mayoría de casos en que se determinó que las tumbas eran colectivas, los restos se hallaron en el mismo poyo cúbico (como en el caso de los poyos cúbicos que guardan las inc. Ballesta núm. 16-23, 25-26 y 42-43; Torres núm. 45-46 y 57-58, y Nofre núm. 8-9) o en poyos diferentes asociados (como las inc. Torres núm. 13 y 14, o, tal vez, las Anfiteatro núm. 1 y 2), o en poyos asociados con otros tipos de tumbas (como la inc. Torres núm. 33, a la Torres núm. 32 -agujero en el suelo-, o la Torres núm. 47, al recinto que rodeaba a las inc. Torres núm. 45-46).

2.2.2.3. *Sobre los ajuares funerarios*

a) Estudios ceramológicos

Por lo que respecta a los estudios ceramológicos, en la actualidad disponemos de los realizados sobre cerámicas de paredes finas por López Mullor (1990) y sobre cerámicas comunes y de producción local (Casas *et al.*, 1990) hallados en estas necrópolis con una cronología altoimperial. Asimismo, se han de sumar los trabajos realizados sobre diversas producciones en un reciente diccionario de cerámica (AA.VV., 1993), que estudia muchas de las que aquí tratamos. De los tres, el primero y el tercero de ellos son de una mayor utilidad cronológica, ya que en el segundo, en general, los lapsos de tiempo de uso de la mayoría de las formas hace que sea muy difícil el basar en ellos dataciones cortas seguras, tal como pasa con las ánforas que se hallan en entierros tardíos.

Las paredes finas de época altoimperial, halladas en la necr. de Les Corts, aparecen en las inc. 12, 34 y 40, en esta última hay un ejemplar similar a la de la inc. Ballesta 13, todas datables en la segunda mitad del siglo I aC. Por lo que respecta a las piezas de este tipo aparecidas en la necr. Ballesta (inc. núm. 6, 9, 13, 17, 19 y 38), todas tienen cronología *augustea*. Las aparecidas en la necr. Torres, tienen un arco cronológico que se extien-

de principalmente por la primera mitad del siglo I dC⁴⁴. Los únicos ejemplares aparecidos en la necr. *Nofre* (inc. núm. 8), Patel (inc. núm. 21) o Bonjoan (inh. núm. 1), están datadas, respectivamente, entre Augusto y Tiberio; en época de Claudio; y en tiempo de Augusto.

Todas estas dataciones concuerdan, *grosso modo*, con nuestras hipótesis generales de estos cementerios, demostrando la pervivencia de la necr. de Les Corts y de las inhumaciones de tradición helénica en la necr. Bonjoan hasta el cambio de era. Por otra parte, se puede ver la mayor preponderancia de dataciones *augusteas* o de la primera mitad del siglo I dC, y una ausencia de piezas datables con posterioridad. También debemos indicar como en la necr. Ballesta parece que se concentran las dataciones más antiguas, entre las altoimperiales, hallándose en las necrópolis más lejanas a las murallas, las fechas más modernas.

Por lo que respecta a las dataciones de las cerámicas comunes y de producción local de época romana, aparecidas en estas necrópolis, hemos de señalar, en primer lugar, la dificultad de efectuar dataciones precisas dados los amplios arcos cronológicos de duración de la mayoría de las piezas, con pocas variaciones en sus formas y pastas pese al paso del tiempo. Esto hace que no siempre sea sencillo el asignar fechas seguras, sobre todo si tenemos en cuenta que (tal como se ve en la obra de Casas *et al.*, 1990) muchas de ellas aparecen en otros lugares, en contextos con cronologías muy lejanas a las que nosotros (y otros autores) proponemos para estas necrópolis. Es por eso que hemos optado por ser rigurosos y no datar estos elementos más allá de lo que los mismos permiten.

Por lo que se refiere a los ungüentarios, en base a diversos estudios, se ha entendido que los esféricos de barro son primordialmente de época *augustea*, alargándose algo después con el tiempo su cuello y su panza, pero sin llegar a durar nunca hasta mediados del siglo I dC. Los de vidrio se dividen en dos tipos, los alargados y/o redondeados, con una cronología entre Tiberio y Nerón, y los de cuerpo troncocónico, de época flavia. Esto no evita que, en alguna ocasión concreta, estos tipos se den en la misma tumba. Se hallan también 13 lucernas, 5 de ellas en la necr. Ballesta (inc. núm. 3, 4, 17, 25 y 34); 6, en la Torres (inc. núm. 4, 28, 40, 55, 60 y 63); ,1

⁴⁴Así, en la necr. Torres, la inc. núm. 13-14 se data entre Tiberio y Claudio; la inc. núm. 28, en época de Claudio; la inc. núm. 40, entre Claudio y Nerón; la inc. núm. 53, en tiempo de Augusto.

en la Patel (inc. núm. 20), y 1, en la Bonjoan (inc. núm. XI). Sus cronologías van de Augusto a Claudio I.

b) Las monedas

Se hallan cuarenta y tres en los distintos ajuares de las necrópolis⁴⁵. La lista que recoge Jones (1984, p. 238), modificada por nosotros al añadirle tres monedas más (una de ellas fruto del trabajo de Almagro Gorbea, 1962, p. 230), es la que recogemos en el cuadro núm. 3. Posiblemente las tres inciertas (inc. Rubert núm. 24-b y núm. 29, y Bonjoan XXIII) sean, la primera, una moneda de *Emporion*; la otra, una de Claudio I, y la última, un bronce ibérico, pero, por si acaso, no las tendremos en cuenta. Tres monedas solamente aparecen relacionadas con inhumaciones, precisamente las tres últimas, y así, en la inhumación Ballesta núm. 2, aparece una moneda de Antonino Pío (140 al 143 dC); en la inhumación Ballesta núm. 8, una de Gallieno (254 al 268 dC), y en la Bonjoan núm. III, una datada genéricamente en el siglo II dC. El resto de monedas aparece junto a incineraciones⁴⁶, y así, en la necr. Ballesta, aparecen 8 monedas (en 8 incineraciones); en la Rubert, 6 monedas (en 4 inc.); en la Torres, 12 monedas (en 10 inc.); en la Nofre, 3 (en 3 inc.); en la Patel, 4 monedas (en 4 inc.); en la Sabadí, 2 monedas (en 2 inc.), y en la Bonjoan, 5 (en otras 5 inc.).

⁴⁵Algunas de ellas están perforadas (como las dos halladas en la inc. Rubert núm. 24a y las dos de la inc. Torres núm. 54), por lo que su función quizás fue la de ser utilizadas como pendientes y no como tales monedas.

⁴⁶**Necr. Ballesta** núm. 09 (moneda -m.-: Claudio I, datación -dat.-: 41 dC); núm. 12 (m.: *Emporion*, dat.: Augusto-Tiberio); núm. 15 (m.: *Emporion*, dat.: Augusto); núm. 17 (m.: *Emporion*, dat.: Augusto); núm. 18 (m.: Augusto, dat.: 42 aC); núm. 47 (m.: Trajano, dat.: 104-110); núm. 66 (m.: Tiberio -?-) y núm. 67 (m.: C. Egnatuleius, dat.: 101 aC). **Necr. Rubert** núm. 9 (m.: Claudio I, dat.: 41 dC); núm. 16a (m.: *Emporion*, dat.: Tiberio/Calígula) y núm. 16b (m.: *Emporion*, dat.: Tiberio/Claudio); núm. 24a (m.: *Emporion*, dat.: Tiberio/Claudio) y núm. 24b (m.: incierta), y núm. 29 (m.: incierta -¿de Claudio I?-). **Necr. Torres** núm. 05 (m.: Domiciano, dat.: 82 dC); núm. 09 (m.: Tito, dat.: 77 dC); núm. 12 (m.: Claudio I, dat.: 41 dC); núm. 13 (m.: Claudio I, dat.: Cla 41 dC); núm. 13-14 (m.: Claudio I, dat.: 41 dC (?)); núm. 14 (m.: Claudio I, dat.: 41 dC); núm. 18 (m.: Claudio I, dat.: 41 dC); núm. 53 (m.: Ilitirda, dat.: 43 aC); núm. 54/a (m.: *Emporion*, dat.: Augusto) y núm. 54/b (m.: *Emporion*, dat.: Augusto); núm. 64 (m.: Claudio I, dat.: 41 dC), y núm. 69 (m.: Claudio I, dat.: 41 dC). **Necr. Nofre** núm. 02 (m.: Adriano, dat.: 119 dC); núm. 03 (m.: Claudio I, dat.: 41 dC) y núm. 04 (m.: Claudio I, dat.: 40-50 dC). **Necr. Patel** núm. 05 (m.: Tiberio, dat.: 15 dC); núm. 14 (m.: Domiciano, dat.: 80-81 dC); núm. 17 (m.: Claudio I, dat.: 41 dC) y núm. 24 (m.: Claudio I, dat.: 41 dC). **Necr. Sabadí** núm. 05 (m.: Adriano, dat.: 119 dC) y núm. 11 (m.: Adriano -?-). **Necr. Bonjoan** núm. IX (m.: Domiciano, dat.: finales siglo I dC); núm. XIV (m.: Calígula, dat.: 40); núm. XV (m.: Claudio I, dat.: 41 dC); núm. XXII (m.: Domiciano, dat.: 85-95 dC), y núm. XXIII (m.: ¿bronce ibérico?, dat.: ? - Almagro Gorbea, 1962, p. 230).

En la necr. Ballesta, vemos que la mayoría de monedas presentes en las incineraciones (6 de 7) se podrían, conjuntamente con sus tumbas, datar en época de Augusto o Tiberio (sólo en un caso la moneda es de Trajano). La 6 monedas de la necr. Rubert van de Tiberio a Claudio I, aproximadamente. En las necr. Torres y Nofre, de 15 monedas, 9 son de Claudio (además habrían tres de época de Augusto, dos flavias y una antonina). En las necr. Patel y Sabadí, hay 3 julioclaudianas, 1 flavia y dos antoninas. Finalmente, en la necr. Bonjoan, en sus incineraciones aparecen dos monedas julioclaudianas, dos flavias y un posible bronce ibérico.

La datación de las bastantes (relativamente) monedas de *Emporion*, aún hoy no está clara, y no se sabe hasta cuándo llega su duración, si hasta Tiberio (Villaronga, 1977, y Mar & Ruiz de Arbulo, 1993, p. 305-307) o hasta algo después. La mayoría se corresponderían con la serie 18 de Villaronga (1977). Esta mayor presencia de monedas de *Emporion* y la muy escasa de Augusto, indicaría el peso aún en la vida local de la ceca propia de la ciudad, pese a la existencia de una ciudad romana en su apogeo.

En cualquier caso, parece que hay un mayor número de monedas usadas (28 de las 40 datables, 70%) desde Augusto a Claudio I, con un gran número de piezas halladas ampuritanas (18,6%) y de Claudio I (un tercio de las mismas). Después, durante época flavia, hallamos sólo 5 piezas (cuatro de ellas de Domiciano) y cuatro de época antonina (tres de Adriano).

La situación que nos presentan las monedas de las necrópolis se corresponde con lo que se ve en los conjuntos monetales de, por ejemplo, la Neápolis (Campo & Ruiz de Arbulo, en prensa, p. 161), en el cual se observa que es predominante la circulación monetaria residual en Ampurias a lo largo de todo el siglo I dC, manteniéndose el uso de antiguas monedas indígenas, por diversos problemas organizativos del poder central romano. También se detecta una escasa presencia de emisiones de época flavia, por los mismos problemas de la ceca central romana y por la decadencia ampuritana.

c) Otros materiales

Se han hallado pocas fíbulas (sólo dos incineraciones, Ballesta núm. 60 y Patel núm. 13), lo cual no es muy normal si el muerto se enterraba vestido. La mortaja mortuoria debía ir sólo cosida. Tampoco hay muchas *bullae* (5 en las inc. Ballesta núm. 32 y 48, e inc. Torres núm.13, 14 y 58), las cuales son del mismo tipo que las halladas en Les Corts. Como ellas,

sólo se encuentran en incineraciones y en necrópolis que no son de tradición griega. No se hallan quemadas, por lo que no debía portarlas encima el incinerado, poniéndose después en la tumba.

Por lo que se refiere a elementos personales de adorno, del tipo anillos o pendientes, la mayoría, pero no todas, se han encontrado medio fundidas (como el anillo de la inc. Bonjoan núm. XXIII) . Tampoco se han hallado en gran número, habiéndolas de oro, de plata y de hierro. Se observa una mayor proporción de hallazgos de las mismas en la necr. Torres (especialmente) y Nofre.

2.3. DATACIÓN DE LOS ENTERRAMIENTOS

En líneas generales, se puede decir que la mayoría de las necr. de este período empiezan en época *augustea*, antes del cambio de era⁴⁷, viéndose las más antiguas, como grupo, en la zona próxima a la muralla de la necr. Ballesta, junto a una probable puerta oeste, con una cronología, algunas, del último tercio del siglo I aC⁴⁸.

A medida que nos separamos de las murallas, la media de la datación cronológica de los materiales suele ser de una época algo más avanzada (sin excluir ello que siempre se puedan hallar enterramientos de una primera época en lugares relativamente lejanos, y de época flavia más o menos cerca de las murallas). Para observarlo, se pueden comparar los restos hallados en los cementerios Ballesta y Torres, que son en los que más tum-

⁴⁷Sanmartí (1978, p. 201 nota 18) cita 4 ejemplos de ello. También se puede observar, en la necr. Ballesta, en las que se indican en la nota siguiente. En la necr. Bonjoan, se puede ver la continuidad de tumbas en ese momento en las inhumaciones citadas y en la inc. núm. III. Gracias a las dataciones de López Mullor (1990), también se pueden datar como *augusteas* las inc. Torres núm. 53 y la Nofre núm. 8. Almagro (1955, p. 408) también data en este período las inc. Rubert núm. 13, 30, 44, y, quizás, la Sabadí núm. 8 y la Patel núm. 11 -ver páginas tipológicas-. En total, hay unas 31 tumbas (contando inhumaciones) que se podrían datar en época de Augusto (último tercio del I aC e inicios del I dC). A éstas se les debiera sumar la alta probabilidad de que, gracias a las dataciones hechas por Casas, Castanyer, Nolla y Tremoleda (1990), muchos otros ajuares, compuestos por cerámicas comunes, también se puedan incluir en el mismo tiempo.

⁴⁸En dicha necrópolis hay 19 tumbas, bastante agrupadas, con una cronología *augustea* (o quizás de inicios de Tiberio), que son las inc. núm. 13, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 26, 33, 35 y 40 (en negrita, tumba colectiva, y en cursiva, otra tumba colectiva). En esta última, su ajuar es una vieja moneda del 101 aC, pero, sin duda, es posterior a la refacción de las murallas (Barberà & Morral, 1982). Sobre la inc. núm. 35, Almagro publica ajuar datable en las páginas de tipología (1955, p. 407). La inc. núm.12, probablemente también lo es, pero la insegura datación de la moneda no nos permite incluirla, de momento.

bas se han hallado, y se podrá ver como, en el segundo de ellos, la media cronológica de los materiales se ubica en un momento posterior a los del primero.

De todos modos, se ha de mencionar el detalle, ya indicado por el mismo Sanmartí (1978, p. 201-202), de la escasez de enterramientos hallados correspondientes a este período, con pocos datables con absoluta seguridad. Esta escasez de hallazgos contrasta con todos los acontecimientos que en este período están sucediendo en las ciudades griega y romana, y con el hecho de que se hallan en una ciudad en crecimiento, tal como se documenta por las fuentes escritas y por la arqueología (Aquilué *et al.*, 1982; Aquilué *et al.*, 1984, y Ruiz de Arbulo, 1987).

Ante la necesidad de crear nuevos espacios de esparcimiento, la zona de enterramientos cercana a las murallas de la ciudad romana por su lado sur sólo se usó como tal por poco tiempo, dado que dicho espacio se reservó para la construcción de un modesto anfiteatro y de una palestra en la primera mitad del siglo I dC (Mar & Ruiz de Arbulo, 1993, p. 341-343). Sólo dos enterramientos, uno de ellos claramente de época de Augusto (inc. Anfiteatro núm. 1) se hallan aquí, entre los restos del Anfiteatro, ignorándose su relación con el mismo⁴⁹.

El período de apogeo se data, seguramente, en tiempo de la dinastía julioclaudia, entre el cambio de era y el mandato de Claudio I o Nerón, tal como se puede ver en la distribución espacial y en el tanto por ciento de tumbas relativo cuyo ajuar se puede datar en todo este período.

Por ello advertimos que, en la necr. Ballesta, de 62 tumbas datables por nosotros, 52 son de esta época; en la necr. Rubert, de 30, 23; en la necr. Viñals, de 2, 2; en la necr. Anfiteatro, de 2, 2; en la necr. Sabadí, de 7, 5; en la necr. Patel, de 20, 16; en la necr. Pi, de 7, 6; en la necr. Torres, de 69, 47;

⁴⁹Estos edificios recreativos tienen varias dataciones, dados los escasos criterios tipológicos. Para unos, dichos edificios son de inicios de la época imperial (Sanmartí & Nolla, 1993, o Mar & Ruiz de Arbulo, 1993, p. 341); para otros, quizás de época julioclaudia, algo posterior al cambio de era (Aquilué *et al.*, 1984, p. 141), y para otros, hechos bajo el mandato de Claudio I (Almagro, 1955, p. 255, y Nolla & Casas, 1984, p. 80, que se basó en Almagro). Por esa última razón, se decía que las tumbas -y sus ajuares- debían ser, como mínimo, algo posteriores a las fechas de edificación de este espacio público, quizás del tiempo de Nerón. Sin embargo, los ajuares, al menos en el primer caso, nos hablan de un momento *augusteo* sin duda (Castanyer *et al.*, 1993, p. 394). Ello concuerda con la cronología que normalmente se da a los ungüentarios de barro que acompañan a esta pieza en la tumba. En base a estos datos, podemos afirmar que, claramente, los restos de la inc. Anfiteatro núm. 1 son *augusteos* (probablemente de antes del cambio de era), siendo lo más posible que la inc. Anfiteatro núm. 2 también lo sean (aunque ello es una mera suposición).

en la necr. Nofre, de 15, 10; en la necr. Bonjoan, de 24, 21, y en la necr. Granada, de 6, 3. A todas ellas, se les ha de sumar las 4 correspondientes de la necr. Les Corts⁵⁰, y quizás, también, muchas de las que señalamos genéricamente como del siglo I dC, dado que no las podemos datar más precisamente por ausencia de elementos ajuar que nos permitan afinar más. Ello da 187 inc. y 4 inh. (ver cuadro 4^º, columnas de Augusto, Augusto-Tiberio y julioclaudias), lo cual representa el 61,02% de todos los enterramientos publicados en estas necrópolis (y más del 80% de todos ellos, sin contar con los que no son datables, ni con aquellos que carecen de ajuar). A éstas se podría añadir una parte de las datadas genéricamente en el siglo I dC, con lo cual aún se ampliaría más su porcentaje.

Por todo ello, vemos que, entre todas las necrópolis que presentan incineraciones o inhumaciones datables en época altoimperial, se reúnen 313 enterramientos, de los cuales 191 son del período comprendido entre Augusto⁵¹ y Nerón (ver cuadro núm. 4), ambos inclusive, lo que hace que en esos casi 100 años, tan importantes en las zonas de hábitat de la Ampurias romana (Aquilué *et al.*, 1984, p. 142), se agrupe, seguro, más del 60% de los enterramientos altoimperiales (si no el 80%), siendo sólo 16 (5,11%) los que hemos podido datar, con alguna seguridad, en el siglo

⁵⁰Inc. Ballesta núm. 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 12, 15, 27, 28, 32, 34, 36, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 45, 46, 49, 53, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67 y 68, así como las mencionadas en la nota anterior; inc. Rubert núm. 1, 2, 3, 5, 6, 9, 13, 14, 16, 17, 23, 24, 25, 28, 29, 30, 31, 36, 38, 43, 45, 46 y 47; inc. Viñals núm. 2 y 4, e inc. Anfiteatro núm. 1 y 2; inc. Sabadí núm. 6, 7, 8, 9 y 10; inc. Patel núm. 5, 6, 7, 8, 10, 11, 12, 13, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 22 y 24; inc. Pi núm. 3, 4, 5, 7, 11 y 12; inc. Torres núm. 1, 3, 4, 6, 8, 12, 13, 14, 16, 17, 18, 24, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 39, 40, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 66, 67, 69 y 70; inc. Nofre núm. 3, 4, 5, 8, 9, 13, 15, 18, 24 y 25; inc. Bonjoan núm. II, III, VI, VII, VIII, X, XI, XII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XX, XXIII y XXIV, e inhumaciones Bonjoan núm. 1, 28, I y VII; inc. Granada núm. III, V y VII (Almagro, 1953 y 1955; Almagro Gorbea, 1962). Las de la necr. Les Corts son las inc. núm. 12, 34, 40 y 130 (Almagro, 1953). En negrita, las datables en época de Augusto, y en cursiva, en época de Augusto y/o Tiberio.

⁵¹Datables con alguna certeza en época de Augusto hay un 10% del total hallado.

siguiente, entre el mandato de Vespasiano y el de Antonino Pío⁵². Quizás, como ya hemos dicho, muchas tumbas sin ajuar sean de esta época, o quizás algunas de esas tumbas que, de momento, sólo sabemos que deben ser del siglo I. Pero no lo podemos precisar.

Vemos, por el estudio de las monedas y de las cerámicas de los ajuares, un mayor peso de tumbas *augustaeas* y de época de Claudio I, que del resto de emperadores julioclaudios. Pero, ante el fenómeno de la ignorancia que tenemos acerca de cuándo se amortizan los diversos elementos que componen los ajuares para ser enterrados (en una tumba *augustea* hay una moneda del 101 aC), suele ser mejor no formular hipótesis no contrastables.

2.4. DECADENCIA FLAVIA Y ABANDONO ANTONINO

Después de la época julioclaudia, llega una caída brusca en el número de enterramientos, tal como hemos ido indicando a lo largo del presente trabajo. En época flavia, sólo hemos podido datar 11 tumbas⁵³, lo que representa un 3,51% del total altoimperial, siendo seguramente fruto esta caída del período de decadencia que parece iniciarse en la ciudad de Ampurias (Nieto, 1981; Aquilué *et al.*, 1984, p. 142-143; Nolla, 1987, y Mar & Ruiz de Arbulo, 1993). Aunque, como ya hemos visto, la ausencia de tumbas, en sí, no es significativa del estado de la ciudad, sí, en cambio, en unión de otros datos, nos puede proporcionar una visión más global de una problemática concreta.

En los ajuares de las incineraciones -éste sigue siendo el rito único flavias, ya se puede observar la tendencia a la pérdida progresiva de los ajuares, lo cual culminará cien años más tarde. En cualquier caso, las inci-

⁵²El resto (35%) está constituido por tumbas que no hemos podido datar (6,13%; inc. Ballesta núm. 50, 69 y 70; Rubert núm. 15, 18, 21 y 39; Torres núm. 25 y 27; Nofre núm. 7, 14, 16, 26 y 27; Patel núm. 23, y Bonjoan núm. IV, V, XIII y XXI); las que no tienen ajuar (18,06%; inc. Ballesta núm. 1, 2, 24, 51, y 52; Rubert núm. 7, 8, 11, 12, 19, 20, 22, 26, 32, 34, 35, 37, 41, 42 y 48; Torres núm. 19, 21, 34, 35, 36, 37, 38, 49 y 68; Nofre núm. 1, 11, 12, 17, 19, 20, 22 y 23; Patel núm. 1, 2 y 9; Sabaquí núm. 1, 2, 3, 4, 12, 13, 14 y 15; Pi núm. 2, 6, 8, 9 y 10; Viñals núm. 1 y 3, y Granada núm. 1), y las que genéricamente hemos atribuido en el I dC (10%; inc. Ballesta núm. 10, 11, 14, 29, 30, 31, 44, 48 y 55; Rubert núm. 4, 10, 27, 33, 40 y 49; Torres núm. 10, 11, 22, 23, 41 y 62; Nofre núm. 6, 10 y 28; Patel núm. 3 y 16; Pi núm. 1; Bonjoan núm. XIX, y Granada núm. II, IV y VI).

⁵³Inc. Rubert núm. 44; Torres núm. 5, 7, 9, 15, 20, 48; Nofre núm. 21; Patel núm. 4 y 14, y Bonjoan núm. IX. Tal vez, la inc. Patel núm. 14 sea antonina, por el tipo de monumento, pero ello no altera mucho los resultados globales.

neraciones acaban en época de Adriano o de Antonino Pío⁵⁴, o quizás después⁵⁵, con sólo 5 tumbas datables por nosotros como pertenecientes a dicho momento, lo que supone sólo un 1,6% del total.

Parece como si en Ampurias cesara la vida (o, al menos, la muerte) durante un cierto tiempo. Tal vez muchas de las que no tienen ajuar sean de esa época. No lo sabemos. Esta carencia de tumbas en esta época ya fue vista, de algún modo, por Almagro (1955, p. 289), el cual indicó que, a pesar de todo, algunos habitantes debieron seguir viviendo dentro de la ciudad romana, así como enterrándose más allá de las murallas.

Las siguientes tumbas y rituales que siguieron en Ampurias serán diametralmente opuestas a éstas, como si la población hubiera venido de otro sitio, pese a que, en todo momento, en Ampurias no se dejó de seguir con todo aquello que es normal en el mundo romano occidental del momento. A partir de ese momento, sólo inhumaciones. Como hemos visto, es posible datar la inh. Ballesta núm. 8, con una moneda de Antonino Pío, en la segunda mitad del siglo II dC, al igual que la inh. Bonjoan núm. III.

3. LA AMPURIAS DEL BAJO IMPERIO

Tal como señalamos en otro trabajo anterior (López Borgoñoz, 1994), por lo que respecta a la zona de hábitat, los últimos restos que se hallan en la ciudad romana de Ampurias no parecen llegar al último cuarto del siglo III dC, lo cual no es más que la culminación del proceso de decadencia que se inicia en la época flavia (Aquilué *et al.*, 1984; Nolla, 1987, y

⁵⁴Inc. Ballesta núm. 47, Nofre núm. 2, Sabadí núm. 5 y 11, y Bonjoan núm. XXII.

⁵⁵Hasta ahora nunca habíamos tenido en cuenta en este apartado a la rara, tipológicamente, inc. Nofre núm. 19, que, más bien, por el tipo de tumba, tan atípico como incineración o inhumación, suponíamos una mezcla (antigua o moderna) de inhumación tardía e incineración del siglo I dC. Así, Almagro (1955, p. 208) indica que es una tumba, sin detalles de su hallazgo, que se halló con ungüentarios de vidrio y restos de una urna de barro, que no se recogieron, conjuntamente con una ánfora Dressel 27. No se indica donde se hallaron las posibles cenizas o el esqueleto. La datación de la Dr. 27 es del siglo III dC, genéricamente, y no hay casos en que este tipo de restos se hallen asociados a urnas y ungüentarios de vidrio en Ampurias, que más bien nos remiten a enterramientos de incineración del siglo I dC. Sin embargo, se ha de señalar que en Alicante, en las necrópolis de ciertas *villae* sí se han hallado incineraciones dentro de ánforas de cronología tardía, ¿será, pues, ésta una de las últimas incineraciones ampuritanas, relacionadas con los habitantes de las *villae* suburbanas ampuritanas?

Mar & Ruiz de Arbulo, 1993). La noticia de la existencia de una patrón municipal en época severiana, parece señalar, sin embargo, una ciudad romana cuyas instituciones, de alguna manera, aún funcionan a finales del II e inicios del III dC (Mayer, 1990, p. 235).

La ciudad romana y la Neápolis dejan, seguramente, de ser habitadas a finales del siglo III dC, excepto en su iglesia paleocristiana (del siglo IV dC), la cual es una *cella memoriae*, dedicada a la veneración de los restos de algún santo cristiano, trasladándose el lugar de habitación de los ampuritanos, tal vez, a Sant Martí d'Empúries. Durante el Bajo Imperio, ya no se vivirá en Ampurias. La Neápolis servirá sólo como cementerio para los de Sant Martí a partir del siglo IV dC, cuando ya una capa de arenas y tierras la cubran en parte.

Tanto las necrópolis de inhumación que a partir de los inicios del siglo III dC se sitúan en las laderas de la colina de la ciudad romana, como las necr. del Castellet o la de Sant Martí, tienen dos fases.

Una primera llega hasta el abandono de la ciudad romana, y transcurre en necrópolis cerca de las murallas, como la Ballesta. Una segunda, como la de Estruch o, aún, la del Castellet, funcionan tras dejarse de vivir en la ciudad, y seguramente están relacionadas con los habitantes de las diferentes *villae* suburbanas romanas que perviven a lo largo de los siglos III, IV, V y VI dC, con mayor o menor suerte, en los campos cerca de Ampurias, y no con los habitantes de dicha antigua ciudad.

4. BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1987). *Necropoles a Incineration du Haute-Empire*. Rapports Archéologiques Préliminaires de la Région Rhone-Alpes. Lyon.
- AA.VV. (1993). *Dictionnaire des Céramiques Antiques en Méditerranée nord-occidentale*, p. 391-397. Lattara, 6. Lattes.
- ABAD, L.; GUTIÉRREZ, S.; SANZ, R. (1993). El proyecto de investigación arqueológica "Tolmo de Minateda" (Hellín, Albacete). Nuevas perspectivas arqueológicas del sureste peninsular. *Jornadas de arqueología albacetense en la UAM*, p. 145-176. Madrid.
- ALMAGRO, Martín (1951). *Las inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y latinas*. Barcelona.
- ALMAGRO, Martín (1953). *Las Necrópolis de Ampurias I: Las Necrópolis*

Griegas . Barcelona.

- ALMAGRO, Martin (1955). *Las Necrópolis de Ampurias II: Las Necrópolis Romanas y Indígenas* . Barcelona.
- ALMAGRO GORBEA, Martín (1962). Nuevas tumbas halladas en las necrópolis de Ampurias. *Ampurias*, núm. 24, p. 225-234. Barcelona.
- AQUILUÉ, J.; MAR, R.; RUIZ DE ARBULO, J. (1983). La Neápolis ampuritana. Espacio y función en el cambio de era. *Informació Arqueològica*, núm. 41. Barcelona.
- AQUILUÉ, J.; MAR, R.; NOLLA, J. M.; RUIZ DE ARBULO, J.; SANMARTÍ, E. (1984). *El fòrum romà d'Empúries (excavació de l'any 1982)* . Monografies Emporitanes, núm. VI. Barcelona.
- BEN LAZREG, necrópolis; MATTINGLY, D. J. (1992). *Leptiminus (Lamta): A Roman Port City in Tunisia. Report no. 1.* Journal of Roman Archaeology, Suppl. Series, núm. 4. Ann Arbor.
- CAMPO, Marta; RUIZ DE ARBULO, Joaquín (en prensa). Conjuntos de abandono y circulación monetaria en la Neápolis emporitana. *Empúries*, 48-50, p. 152-163. Barcelona.
- CASAS, J.; CASTANYER, P.; NOLLA, J. M.; TREMOLEDA, J. (1990). *Ceràmiques comunes i de producció local d'època romana. I. Materials augustals i alto-imperials a les comarques orientals de Girona.* Sèrie Monogràfica 12. Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona. Girona.
- CASTANYER, P.; SANMARTÍ, E.; TREMOLEDA, J. (1993). Céramique grise de la côte catalane. *Dictionnaire des Céramiques Antiques en Méditerranée nord-occidentale*, p. 391-397. Lattara, 6. Lattes.
- JONES, R. F. J. (1984). The Roman Cemeteries of Ampurias Reconsidered, en *Papers in Iberian Archaeology*, p. 237-264. *B.A.R. Int. Series*, núm. 193. Oxford.
- KEAY, S. (1984). The late roman amphorae in the western mediterranean. A typology and economic study: the Catalan Evidence. Part I. *B.A.R.* 196 (I). Oxford.
- LÓPEZ BORGÑOZ, Alfonso (1987). Distribución cronológica y espacial de las necrópolis ampuritanas. Pre-actas *Jornadas Internacionales de Arqueología Romana*, p. 263-273. Granollers.
- LÓPEZ BORGÑOZ, Alfonso (1991). Variations du rituel romain pendant le Haut-Empire. Compte-Rendu de la Table Ronde. *Methodes d'Etude des Sepultures*. C.N.R.S. G.D.R. 742. Saintes.

- LÓPEZ BORGOÑOZ, Alfonso (1994). Ampurias: Consideraciones sobre las necrópolis bajoimperiales. *Actas del XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica* (Tarragona, 1993), vol II, p. 243-245. Tarragona.
- LÓPEZ BORGOÑOZ, Alfonso (1995a). Nuevas hipótesis sobre los motivos de la ubicación de la necrópolis de Les Corts y su relación con la ciudad romana de Ampurias (Girona). *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo, 1993), p. 373-381. Vigo.
- LÓPEZ BORGOÑOZ, Alfonso (en prensa). Nueva aproximación a la necrópolis romana de incineración de Les Corts (Ampurias). *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, (Elche, 1995). Elche.
- MAYER, Marc; RODA, Isabel (1990). El Pirineu Català en època romana. *La Romanització del Pirineu* (8è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà -1988-), p. 227-235. Puigcerdà.
- MIERSE, W. (1990). Augustan City Walls in the West. *J. R. A.* III, p. 358-360. Ann Arbor.
- NIETO, J. (1981). Acerca del progresivo despoblamiento de Ampurias. *R.S.L.* núm. XLVII 1-4, p. 34-51.
- NOLLA, Josep M. (1987). Empúries, creixement, crisi i adaptació. Algunes consideracions. *Preactas Jornadas Internacionales de Arqueología Romana*, p. 291-297. Granollers.
- PALOL, P. de; ALMAGRO, M. (1962). Los restos arqueológicos paleocristianos y altomedievales de Ampurias. *Revista de Gerona*, núm. 20. Girona.
- RUIZ DE ARBULO, Joaquín (1987). La evolución urbana de Emporion en época republicana. La complejidad de una tradición. *Preactas Jornadas Internacionales de Arqueología Romana*, p. 311-319. Granollers.
- SANMARTÍ, Enric (1978). *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode*. Barcelona.
- SANMARTÍ, Enric; NOLLA, Josep M.; AQUILUÉ, Javier (1983-84). Excavacions a l'àrea del pàrquing al sud de la neòpolis d'Empúries (informe preliminar). *Empúries*, 45-46, p. 110-153. Barcelona.
- SANMARTÍ, Enric (1992). Massalia et Emporion: Une origine commune, deux destins différents. *Marseille Grecque et la Gaule. Etudes Massaliètes*, 3, p. 27-41. Aix-en-Provence y Lattes.
- SANMARTÍ, Joan (1984). Els Edificis sepulcrales romans dels Països Catalans. *Fonaments*, IV, p. 87-160.

LAS NECRÓPOLIS ALTOIMPERIALES AMPURITANAS

CUADRO 1²	Nº Tumbas Datadas [A]	Nº Tumbas Datadas por Necrópolis y períodos de cincuenta años de duración	[A] / [B] * 100 (%)	[A] / [C] *100 (%)
Tumbas Grecoindígenas prerromanas¹ (Siglo VI,V,IV y III a.C)	247,00	30,88	25,65	23,86
Tumbas tardorrepúblicas (200-50 a.C)	207,00	69,00	21,50	20,00
Tumbas Altoimperiales (50a.C.-150 d.C.)	313,00	78,25	32,50	30,24
Tumbas Bajoimperiales² (150-450 d.C.)	196,00	32,67	20,35	18,94
Total Tumbas datadas [B]	963,00	-	100,00	93,04
Total Tumbas publicadas ampuritanas de todas épocas [C]	1035,00	-	-	100,00

¹ Aquí no se cuentan las que no tienen ajuar ni las indatables. En el caso de que éstas se asignaran aquí, la cantidad tampoco llegaría ni siquiera a los 275.

² Sólo se cuentan los datos publicados en Almagro 1955 y en Almagro Gorbea, 1962 (y no los de las necrópolis de la Neápolis). Se incluyen todas las inhumaciones allí publicadas, excepto las altoimperiales..

CUADRO 2: Porcentajes de tipos principales de enterramientos altoimperiales (incineraciones)

	Ballesta	Rubert	Torres	Nofre	Pi	Patel	Sabadí	Viñals	Anfiteatro	Bonjoan	Granada	Les Corts	TOTAL ¹	% Total de tipos ²
Tumbas con Urna	72,86	51,02	52,86	46,43	41,67	54,17	40,00	50,00	50,00	43,48	57,14	50,00	169,00	54,87
Clavos Hierro	15,71	36,73	54,29	7,14		54,17	33,33	25,00	100,00	56,52	57,14	25,00	108,00	35,06
Clavos Bronce	8,57	2,04	17,14			8,33	6,67			8,70	14,29	25,00	26,00	8,44
Ánfora		6,12	2,86	7,14									7,00	2,27
Agujero en suelo	77,14	87,76	48,57	75,00	91,67	70,83	100,00	25,00		95,65	100,00	50,00	227,00	73,70
Poyo cúbicos	10,00	10,20	42,86	7,14		29,17		75,00	100,00				56,00	18,18
Inc. en poyo cúbico³	22,86	10,20	45,71	7,14		29,17		75,00	100,00				67,00	21,75
Constr.			4,29	7,14		4,17				4,35			7,00	2,27
Colectiva	17,14		¿17,14?	7,14			¿13,33?		100,00				30,00	9,74

¹ Este total incluye todas las incineraciones de cada tipo en todas las necrópolis.

² Este total es el porcentaje que surge de la suma de las incineraciones de cada tipo de todas las necrópolis, multiplicado por 100 y dividido por el total de incineraciones altoimperiales (ver cuadro nº 4)

³ Incluye todas las incineraciones (individuales o colectivas), halladas dentro de ellos.

ALFONSO LÓPEZ

CUADRO 3º					
TIPO DE MONEDA	Nº	%	TIPO DE MONEDA	Nº	%
Monedas de Emporion	8,00	18,60 %	Domiciano	4,00	9,30 %
Ibéricas	1,00	2,33 %	Trajano	1,00	2,33 %
Romanas Republicanas	1,00	2,33 %	Adriano	3,00	6,98 %
Augusto	1,00	2,33 %	Antonino Pio	1,00	2,33 %
Tiberio	2,00	4,65 %	Gallieno	1,00	2,33 %
Calígula	1,00	2,33 %	Siglo II d.C.	1,00	2,33 %
Claudio	14,00	32,56 %	Inciertas	3,00	6,98 %
Tito	1,00	2,33 %	Nº TOTAL	43,00	100,00 %

CUADRO 4º																		
	AUGUSTO	% del Total de la Necrópolis	AUGUSTO TIBERIO	% del Total de la Necrópolis	JULIO CLAUDIA	% del Total de la Necrópolis	FLAVIA	% del Total de la Necrópolis	SIGLO I	% del Total de la Necrópolis	ANTONI-NA	% del Total de la Necrópolis	SIN AJUAR	% del Total de la Necrópolis	SIN DATAR	% del Total de la Necrópolis	TOTAL TUMBAS NECR.	% del Total de Tumbas publicadas
BALLESTA	14,00	20,00	5,00	7,14	33,00	47,14	0,00	0,00	9,00	12,86	1,00	1,43	5,00	7,14	3,00	4,29	70,00	22,36
RUBERT	2,00	4,08	3,00	6,12	18,00	36,73	1,00	2,04	6,00	12,24	0,00	0,00	15,00	30,61	4,00	8,16	49,00	15,65
TORRES	2,00	2,86	6,00	8,57	39,00	55,71	6,00	8,57	6,00	8,57	0,00	0,00	9,00	12,86	2,00	2,86	70,00	22,36
NOFRE	0,00	0,00	2,00	7,14	8,00	28,57	1,00	3,57	3,00	10,71	1,00	3,57	8,00	28,57	5,00	17,86	28,00	8,95
PATEL	0,00	0,00	2,00	8,33	14,00	58,33	2,00	8,33	2,00	8,33	0,00	0,00	3,00	12,50	1,00	4,17	24,00	7,67
SABADÍ	0,00	0,00	0,00	0,00	5,00	33,33	0,00	0,00	0,00	0,00	2,00	13,33	8,00	53,33	0,00	0,00	15,00	4,79
PI	1,00	8,33	0,00	0,00	5,00	41,67	0,00	0,00	1,00	8,33	0,00	0,00	5,00	41,67	0,00	0,00	12,00	3,83
VIÑALS	0,00	0,00	0,00	0,00	2,00	50,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	2,00	50,00	0,00	0,00	4,00	1,28
ANFIT	2,00	100,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	2,00	0,64
BONJOAN	6,00	21,43	0,00	0,00	15,00	53,57	1,00	3,57	1,00	3,57	1,00	3,57	0,00	0,00	4,00	14,29	28,00	8,95
GRANADA	0,00	0,00	2,00	28,57	1,00	14,29	0,00	0,00	3,00	42,86	0,00	0,00	1,00	14,29	0,00	0,00	7,00	2,24
LES CORTS	4,00	100,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	4,00	1,28
TOTAL	31,00	9,90	20,00	6,39	140,00	44,73	11,00	3,51	31,00	9,90	5,00	1,60	56,00	17,89	19,00	6,07	313,00	100,00

LAS NECRÓPOLIS ALTOIMPERIALES AMPURITANAS



